

Un poder no tan oculto

Laura E. Asturias

Diario *Siglo Veintiuno*, 12-I-2002

El pasado noviembre, la organización *Católicas por el Derecho a Decidir* lanzó en Estados Unidos y en países como México, Filipinas, Kenia, Sudáfrica, Chile y Zimbabue una campaña orientada a contrarrestar el lamentable impacto que ha tenido la prohibición de los obispos católicos al uso del condón para prevenir el VIH/sida.

Mediante anuncios en vallas publicitarias, trenes subterráneos y periódicos, la campaña presenta una foto de varios obispos con estas frases: "A la gente católica le importa. ¿Les importa a nuestros obispos? Prohibir los condones mata". También señala que muchos de los más de 4,435 obispos del mundo no sólo cabildean con los gobiernos y en las Naciones Unidas para restringir el acceso a los condones, sino que llegan al extremo de afirmar que éstos causan el sida.

Por ejemplo, en Sudáfrica, un país tan golpeado por esta enfermedad, la Conferencia de Obispos declaró el año pasado que la promoción del uso del condón es "un arma inmoral y mal dirigida" en el combate a la epidemia y que "los condones hasta podrían ser una de las principales razones de la diseminación del VIH/sida".

Quién sabe de dónde sacan ellos su información. No será de la ciencia (que no es precisamente su campo de experticia), puesto que rigurosas investigaciones científicas han demostrado, una y otra vez, que el uso correcto del condón en cada coito es el único método que previene la transmisión sexual del virus causante del sida y otros agentes infecciosos, así como los embarazos no deseados.

Por supuesto, la iglesia, dados los cuantiosos esfuerzos, recursos y aliados que ha utilizado para deslegitimar la eficacia del condón, no podía cruzarse de brazos ante esta campaña. Lo que sí sorprende, habiendo tantas evidencias corroborables, es que ahora niegue que ha pretendido influir contra las prácticas sexuales más seguras.

La Arquidiócesis de Washington, por ejemplo, reaccionó diciendo que los obispos "sólo enseñan, no prohíben". Y de paso exhortó a su feligresía a contactar políticos que tienen influencia sobre los financiamientos para transporte público y expresar su disgusto por los anuncios de la campaña.

Ante tal reacción, la organización *Católicos Se Pronuncian* opina que ese despliegue de fuerza política ilustra por qué las "enseñanzas" de la iglesia pueden tener implicaciones tan graves para la salud pública (y otros servicios, como el transporte). Además, recuerda que en 16 países más del 10 por ciento de la población entre 15 y 49 años de edad tiene la infección por VIH y siete naciones en el sur de África reportan que una de cada cinco personas adultas está infectada; que la niñez huérfana por el sida suma millones y la economía en muchos países se ha deteriorado sustancialmente a causa de la enfermedad. Por todo ello, califica como "horrendo" que los obispos continúen prohibiendo el uso del condón.

En Estados Unidos y el resto del mundo sobran las pruebas documentadas de cómo los prelados utilizan su fuerza política para obstaculizar o echar por tierra aquellos programas que promueven prácticas de prevención que no obedezcan los mandatos de la jerarquía católica.

Ese poder de la iglesia no es un secreto, tampoco en nuestro medio. Sus representantes lo exponen sin miramientos desde algunos púlpitos, en las mesas de negociaciones y en todo ámbito donde se les permita tener la sartén por el mango en materia de sexualidad y reproducción.

Tristemente, cuando los líderes de las iglesias intervienen de manera negativa, como suelen hacerlo, en los esfuerzos educativos para una sexualidad sin riesgos y en programas que reducen las infecciones por VIH/sida, se convierten en agentes de eso que en su discurso oficial tanto condenan: no sólo la hipocresía, sino también la cultura de la muerte.